

“En un lugar de la Mancha...”

RECOGIDO EN “De esto
y de aquello” tomo II

Este octosílabo inaugural del “Quijote”—le sigue, en inciso, un endecasílabo de los dichos de gaita gallega y que briza un olvido voluntario—, esta entrada en el último sueño del alma imperial española, volvió a reconfortarme el ánimo cuando el sábado 19 de noviembre leí en el semanario “Estampa” una información titulada “La novia de Don Quijote”, aunque más bien se trataba de una supuesta novia de Cervantes, y es igual. La firma Pedro Arenas, que refiere una su visita al Toboso, en que se nos aparecen tobosinas y tobosinos tocados de la creadora ensoñación quijotesco-cervantina.

Porque es el caso que al informador le hablaron de la casa de Doña Dulcinea, mostrándole la llave y la ventana por donde hablaba con Cervantes, y la calle del desafío de éste con otro pretendiente de su novia, y el convento en que ésta profesó de religiosa cuando no se le dejó casar con quien quería. Por donde se ve que Don Quijote dejó en su tierra nativa las semillas de la generosa pasión que le hizo enfrascarse en la lectura de los libros de caballerías. Y luego el informador se entrevistó con don Jaime de Pantoja, ex-alcalde del Toboso y “cervantista muy letrado” y... “—¿Pero Dulcinea ha existido?—exclamamos deslumbrados por esta fe.—Es un hecho indudable—dice el señor Pantoja. Y comienza a explicar sus investigaciones...”

Como vemos se trata no de aquella Aldonza Lorenzo de quien anduvo enamorado el Ingenioso Hidalgo, si no de otra, pero el “hecho indudable” es que existe, pues hay quienes en ella creen. Que para la fe no es cuestión si un poder espiritual, histórico, existió si no si existe. Cuando el apóstol Pablo, camino de Damasco oyó, caído de accidente, lo de: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”, sintió que existía, entonces, el Cristo. La historia no es lo que materialmente pasó,



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

"En un lugar de la Mancha..." - 2



sino lo que los mortales soñaron que pasaba y así nos lo han trasmitido y nosotros seguimos soñando y diciendo que pasó. O mejor dicho, la historia no es el sueño que pasa, sino el que queda, porque no pasa en el tiempo material, sino en el otro. Honda frase la de: "no tuve tiempo material" que por trastorno de la de: "no tuve materialmente—es decir: en absoluto—tiempo", nos ha dado una expresión tan fuertemente expresiva del materialismo histórico!

Don Quijote y Sancho son hombres de carne y sangre y hueso espirituales, históricos, inmateriales, gracias a Cervantes, y éste lo es, histórico, inmaterial, inmortal, gracias a ellos. Y si Cervantes existió es porque existe, como a su vez Don Quijote, pues que existe existió, ni más ni menos, ni de otro modo, que su Cervantes. ¿Y doña Dulcinea, la de los tobosinos de hoy, la del señor Pantoja? "Es un hecho indudable"—dice éste. Sí, como todo mito. Y Don Quijote y Sancho, y el Dómine Cabra, y Segismundo, y Don Alvaro y Don Juan Tenorio son mitos, como lo son Cervantes y Quevedo y Calderón, y el Duque de Rivas y Zorrilla, y ni más ni menos. De la literatura nacional—y la historia no es, ni más ni menos que literatura—surge una mitología, y de ésta una religión. Y hay que tener fe, pues bien se dice que gana una batalla el que hace creer que la ha ganado. Y hace creerlo si él lo cree.

Hace poco pasábamos, camino de Elda, al ir a fes-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



tejar a otro mito nacional, a Castelar, cerca del Toboso, y nos apeamos en una que llaman la Venta de Don Quijote. Y nos resultó no una restauración, sino una invención resurgida, donde cabe soñar a Cervantes cara a cara de Don Quijote y departiendo con él; ambos tan míticos, tan históricos, tan existentes. El buen vino manchego, generoso y claro, que allí nos sirvieron, enseñará a los que lo beban—soy aguado—a soñar y no a dormir. Ahora los tobosinos parece que empiezan a soñar, gracias al señor Pantoja, a doña Dulcinea del Toboso. ¿Pero... investigaciones? No, que no, ¡nada de ellas! No las hizo Don Quijote acerca de la existencia de Amadis de Gaula, porque la sentía en sí mismo. Atengámonos a la mitología.

En la Biblioteca Cervantina del Toboso hay libros con dedicatorias autógrafas de Mussolini, Hindenburg, MacDonald, Masaryk...—tipos que van para mitos—ofrendas a la mítica, típica y mística Dulcinea, que resurge en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no podremos ya olvidarnos. De la Mancha esa, claro horizonte toda ella, cama de ensueños, entre viñedos, bajo la limpia bóveda azul del aire, o ya bajo dosel de nubes en que el viento riza trazados mitológicos celestes que el Sol, al ponerse, enciende para que soñemos otros mundos.

A hacer, pues mitología y a tener el "descarado heroísmo de afirmar que—como dejó dicho Eça de Queiroz al final de "La Reliquia"—batiendo en la Tierra con pie fuerte o pálidamente elevando los ojos al Cielo, crea, a través de la universal ilusión, Ciencias y Religiones". Y a dejarnos de eruditas investigaciones, que por lo general no sirven sino para rehusar y derrocar. Durante su reciente visita a nuestra actual España republicana, monsieur Herriot, investigador también, le recordaba a nuestro ministro de Estado, como éste lo contó en las Cortes, aquel terrible "capricho" de Goya, de un cadáver que sale de la huesa con una esquila en que trae escrito, como empresa, el fruto de su investigación de ultratumba, y es: "¡Nada!" La más castiza y entrañada palabra española, con su pareja: gana. Y que lo sabía Goya tan bien como su paisano—¡qué dos tipos y qué dos mitos!—Miguel de Molinos, el que nos aconseja anonadarnos y despegarnos hasta de Dios.



"En un lugar de la Mancha..."



A sacar de la nada—que es crear—mitología, y más
 ahora, que estamos creando el mito de la República es-
 pañola democrática de trabajadores de todas clases. Que
 ya vendrá a caer la historia de ésta, algún siglo futuro
 —¡es fatal!—bajo manos y ojos desocupados de inves-
 tigadores eruditos y rompesueños que hayan de probar
 que la tal república no existió en este entonces remoto
 pasado y ahora actual presente. O por lo menos que de
 haber existido fué enteramente distinta y acaso contra-
 ria a como nos la figuramos los que ahora estamos so-
 ñándola. ¡Quién sabe...! ¡Esos eruditos...! Pero mien-
 tras tanto “soñemos, alma, soñemos”, que es así como
 existe el sueño. Y no habrá investigadores en siglos fu-
 turos que puedan borrar la mitología inmortal. Y que
 Dulcinea, la del Toboso, nos acorra y nos dé verdad, pero
 la de veras, la del ensueño avivador, la verdad de veras,
 idealidad; no la realidad hastiosa de la investigación.

[“Ahora”: Madrid, 8 diciembre 1932]



VNiVERSiDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES